

Reconocimiento de la pluralidad y contacto cultural

Desde hace algunos años, los sociólogos parece que estamos retomando la senda iniciada por nuestros grandes maestros clásicos —Max y Alfred Weber, Émile Durkheim, Georg Simmel, Max Sheller, Karl Mannheim...— y nunca perdida del todo —Talcott Parsons, Daniel Bell, Robert Bellah, Robert Nisbet, Norbert Elias, Pierre Bourdieu, Jean Baudrillard, Edgar Morin, Johan Galtung, Raymond Williams, Jeffrey C. Alexander...—, en el sentido de la importancia —absoluta, en ocasiones— que otorgaron a la cultura para interpretar la modernidad. Tras largas décadas en las que el estructural-funcionalismo pareció dejar a la cultura en manos exclusivas de la antropología, para que la sociología se ocupase preferentemente de la estructura social, tras las revisiones críticas al marxismo de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt y de los estudios culturales de la Escuela de Birmingham y tras el relativismo total de recientes tendencias sociológicas —las sociologías de la vida cotidiana, la fenomenología, el interaccionismo simbólico, la etnometodología— (Rosa Aparicio, *Cultura y Sociología*), hoy la cultura se nos muestra de nuevo con toda su fuerza e intensidad. En efecto, cuando los sociólogos analizamos la sociedad, somos cada vez más conscientes de la importancia creciente de la misma para la comprensión de los fenómenos sociales y, sobretudo, para el análisis de algunos de los conflictos y de los retos más sobresalientes con los que se encuentra el mundo contemporáneo. Siempre he dicho que Marx, tan brillante y profético para casi todo, el hombre con el que, al parecer, la sociología establece un profundo debate (Charles Wright Mills, *La imaginación sociológica*), tendría dificultades para interpretar la revolución de mayo del 68 en dominante clave económica y hoy nos encontraríamos también con inconvenientes si no incluyéramos la cultura en el análisis del nuevo capitalismo (Richard Sennet, *La cultura del nuevo capitalismo*; Luc Boltanski y Eve Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*), de los modelos políticos (Blanca Muñoz, *Modelos culturales. Teoría sociopolítica de la cultura*), del terrorismo internacional, de la secularización de la sociedad o de las múltiples nuevas maneras de religamiento religioso —de la consagración de lo profano, de la secularización de lo sagrado (Salvador

Giner, *Carisma y razón. La estructura moral de la sociedad moderna*)—, del incremento del nacionalismo en la sociedad globalizada, de las incertidumbres de las identidades contemporáneas (Amin Maalouf, *Identidades asesinas*), del pluralismo político y social (Giovanni Sartori, *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo, extranjeros e islámicos*), de los estilos de vida cotidiana (La Escuela de Estudios Culturales de Birmingham), de las prácticas sociales y de los flujos culturales y migratorios.

Es cierto que las migraciones están generando un destacado debate en clave culturalista —como brillantemente destaca Javier de Lucas en uno de los artículos de este número— y que muchas veces podemos caer en la tentación de considerar en exclusiva la clave cultural como la más importante o decisiva, sin que se lo merezca. Es verdad, igualmente, que la cultura está de moda y que la postmodernidad la ha unido con la economía de un modo inseparable (Jean François Lyotard, Fredric Jameson, Steven Connor, David Lyon), de manera que corremos el riesgo de convertirla en una mercancía más. Finalmente, también es cierto que la marginación con la que la sociología ha tratado a la cultura en las últimas décadas (Antonio Ariño, *Sociología de la cultura: La constitución simbólica de la sociedad*) se puede estar sustituyendo tanto por su mitificación (Gustavo Bueno, *El mito de la cultura: Ensayo de una filosofía materialista de la cultura*), como por la proliferación de sus usos y significados (Irene Martínez Sauquillo, «Los dos conceptos de cultura: entre la oposición y la confusión») o, lo que es lo mismo, por una promiscuidad semiótica o desmesurada explosión significativa con voluntad de poder omniabarcante. Por tanto, es necesario tener siempre presentes los límites de la cultura en la interpretación de los asuntos sociales (Umberto Eco, *La definición del arte*). Ahora bien, aunque la clave cultural sea insuficiente para la comprensión de todo fenómeno social, considero que es un instrumento fundamental, al menos, por tres motivos. En primer lugar, porque, empíricamente, el mundo actual así lo evidencia, es decir, porque en él la cultura tiene un peso decisivo. En segundo lugar, porque los sociólogos en ocasiones olvidamos —quizás debido a esa trascendencia que ha tenido para nosotros el estructural-funcionalismo— que los asuntos culturales también son asuntos sociales: la base religiosa del terrorismo global, ¿acaso no constituye un tema cardinal para la identificación del fenómeno y de los conflictos sociales, políticos y económicos que está aparejando?, ¿las reivindicaciones nacionalistas en los estados actuales, no poseen también una raíz cultural, lingüística o étnica que debe ser reconocida para encarar adecuadamente el asunto?, ¿es que los problemas de rechazo cultural con los que se encuentran los inmigrantes cuando llegan a los países de acogida no son también problemas sociales? Y, finalmente, en tercer lugar, porque hoy ya no podemos enmarcar a la sociología en la clásica oposición entre la ciencia y la cultura a la que se refirió Charles Percy Snow, en *Las dos culturas y un segundo enfoque*, porque ésta conforma, junto con la literatura y la ciencia, las tres culturas de las que habla Wolf Lepenies (*Las tres culturas: La sociología entre la literatura y la ciencia*), porque los influjos de la literatura o de la filosofía en la sociología y la de ésta en aquéllas es tan importante como la de la ciencia (José

M. González García, *Las huellas de Fausto. La herencia de Goethe en la sociología de Max Weber; La máquina burocrática. Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka*, porque es tanto una ciencia como una forma de arte, como señala Robert Nisbet (*La sociología como forma de arte*) y porque, en definitiva, la sociología es una forma de cultura.

Entendida de este modo, creo yo, puede sernos especialmente útil para observar un tema tan complejo como es el de las migraciones, sin perjuicio de que quepan otras miradas. De ahí que haya propuesto a *Papers. Revista de Sociología* desarrollar un número monográfico titulado «Cultura y migraciones», un número que, probablemente, sea el primero en una revista sociológica en España dedicado al tema de las migraciones desde la perspectiva de la cultura. Por eso, creo necesario dar las gracias a *Papers* por la sensibilidad demostrada (no en vano, su directora, Carlota Solé, es una experta imprescindible y una persona de referencia en los asuntos migratorios). También quisiera dar las gracias a la Generalitat Valenciana, que ha financiado el proyecto de *I+D, SOLCOR, Entre la soledad y el coraje. Cultura, mujer y migraciones en la Comunidad Valenciana*, del que soy director, y del que emerge la idea de este monográfico, así como la selección e inclusión de sus diferentes colaboradores.

Éstos son en total siete y recogen otros tantos enfoques acerca de las relaciones entre los asuntos migratorios y sus claves culturales:

Javier de Lucas, en «Inmigración, diversidad cultural, reconocimiento político», advierte que, aunque la culturalización del debate tiene aspectos positivos, la prioridad se halla en la política, porque considera que, si no hay participación política, no hay ni sentimiento, ni conciencia de identidad, ni de pertenencia y difícilmente cabe hablar de integración social.

Rosa Aparicio y Andrés Tornos, en «Migraciones, diversidad cultural y teoría de la cultura», constatan que la cultura está llena de ambigüedad y que su significado ha ido «racializándose», es decir, convirtiéndose en un sustituto de las palabras *raza*, *etnia* o *nación portadora de costumbres distintas*, lo que se encontrará en la base de la explicación del tratamiento dado a los inmigrantes, sometidos a una serie de abusos por su desorientación cognitiva, por su desajuste identitario y por la distorsión y el estrechamiento social de sus perspectivas.

Juan A. Roche Cárcel e Inmaculada Serra, en «Las contradicciones culturales de las migraciones en la sociedad globalizada», prestan atención a cuatro contradicciones básicas de las migraciones en la sociedad globalizada (globalización-localización, individuo-comunidad, identidad-diferencia y espacio-tiempo), subrayando que el factor clave en las mismas es el tiempo, y no el espacio —como podrían hacernos pensar los conceptos «globalización» y «migraciones», de marcado signo espacial—. De ahí que defiendan que estamos obligados a pensar las migraciones desde el cambio puro, es decir, a no entenderlas solamente desde la búsqueda de la estabilidad y del orden, sino también desde el cambio y desde una acelerada dinámica social y cultural.

M. Teresa Algado Ferrer y Raúl Ruiz Callado, en «El desarrollo humano y los movimientos migratorios en las culturas mediterráneas», toman como marco

de estudio e interacción el espacio físico, social y cultural mediterráneo, para, en primer lugar, analizar descriptiva y comparativamente los distintos aspectos demográficos que unen y separan a sus poblaciones y, en segundo lugar, los logros obtenidos en educación, salud, recursos económicos e igualdad de género que indican su nivel de desarrollo sociocultural y de bienestar humano. Finalmente, verifican la existencia, en los distintos países mediterráneos, de profundos desequilibrios demográficos y de desiguales niveles de desarrollo y bienestar, que son los que favorecen, aunque no de forma única, los movimientos migratorios.

Eduardo Bericat Alastuey, en «La valoración social del multiculturalismo y del monoculturalismo en Europa», establece cuatro tipos de europeos según su grado de monoculturalismo (valoración de la homogeneidad cultural) o de multiculturalismo (valoración de la diversidad cultural) y según defiendan su monoculturalismo o su multiculturalismo desde razones pragmáticas o esencialistas. Además, incorpora tres variables de identificación sociocultural —nivel educativo y posicionamientos ideológico y religioso— y constata que los europeos están reemplazando discursos explícitamente racistas o xenóforos por otros basados en un fundamentalismo cultural.

Antonio Ariño Villarroya, en «Estilos de aculturación y encrucijadas de la diversidad cultural», aborda la diversidad a partir de los flujos de signos y de personas propios de la sociedad global, concretándola en la Comunidad Valenciana mediante los estilos de aculturación que se están produciendo en ella sobre contextos de diversidad y a través de la aparición de sujetos interculturales que, según el autor, pueden propiciar el desarrollo futuro de una conciencia intercultural.

José Ignacio Garrigós Monerris y Aurora Daniel Villa, en «Inmigración y proyectos migratorios. El caso de una *pied-noir* en Alicante», se acercan, a través de un relato de vida, al proyecto migratorio de una argelina de origen francés en el que se incluye su vida en Argelia y sus experiencias del éxodo y como inmigrante. Para ello, vinculan lo individual con lo social, la vida de la *pied-noir* con la sociedad a la que pertenece —la argelina de origen y la alicantina de acogida—, demostrando que esta inmigrante posee una ambivalencia hacia ambas sociedades que evidencia su transnacionalidad, es decir, la sensación de no sentirse de ningún país en concreto y la de mantener múltiples y complejas relaciones sociales, tanto con la sociedad de origen como con la de acogida.

Es evidente que todos estos artículos conectan cultura y migraciones y, a pesar de que lo hacen desde distintas perspectivas, de su lectura podemos extraer, de manera provisional, dos conclusiones generales.

La primera es que, al parecer, la cultura se ha convertido en la sustituta del racismo y de la xenofobia, si bien lo ha hecho corrompiéndose de fundamentalismo (Bericat) o de una racialización sucedánea de las palabras *raza*, *etnia* o *nación* (Aparicio y Tornos). Lo primero que se me ocurre al respecto es que, posiblemente, encontremos analogías con la función antropológica de la cultura en las sociedades antiguas (René Girard, *La violencia y lo sagrado*), ya que ésta tenía como uno de sus objetivos fundamentales el transformar la barba-

rie violenta en civilización. Es lo que ocurrió, por ejemplo, con la sustitución de los sacrificios humanos por los de los animales o los de la vid y el cereal —en el cristianismo— o lo que tuvo lugar en la tragedia griega, en la que el diálogo reemplazó al conflicto y a la guerra y, por tanto, en la que la palabra sucedió a la espada.

Esta vieja función civilizadora de la cultura sigue siendo hoy necesaria. Sin embargo, en una sociedad como la nuestra, en teoría altamente civilizada, y en la que hemos tomado conciencia tanto de su decadencia o de las dificultades para progresar (Robert Alexander Nisbet, *Historia de la idea del progreso*), como de los riesgos que la amenazan (Ulrich Beck; Anthony Giddens), quizás sea preciso reelaborar esa tradicional competencia de la cultura para que pueda sernos útil en un tiempo en el que, si lo que realmente queremos es integrar social, cultural, política, jurídica, demográfica y económicamente a los inmigrantes, la sustitución del racismo o de la xenofobia por una cultura racializada o fundamentalista nos parece no sólo claramente insuficiente para progresar, sino también llena de amenazas y peligros para el futuro. Y es que si lo que deseamos es que sean ciudadanos iguales de plenos derechos y obligaciones en nuestra sociedad democrática y no *metecos* (los comerciantes extranjeros de la Grecia antigua), *bárbaros* (en Grecia, sinónimo de «balbuceantes» o «tartamudos») y, en Roma, los habitantes de fuera del *limes* o frontera del Imperio), *bastardos* (en la Biblia, los hijos ismaelitas y no israelitas de Abraham), *popolocas* (los vecinos «tartamudos» de los nahuas de la Mesoamérica precolumbina) o extranjeros (los «enemigos» en el Antiguo Egipto o, en muchas de nuestras sociedades contemporáneas, los que no son ciudadanos del estado nación), necesitamos otra manera de concebir la cultura que no esté contaminada por el prejuicio, por la discriminación o por el miedo.

Precisamente, de la lectura de todos los artículos que componen este número monográfico se infiere que, en la admisión y en la tolerancia de la diversidad, puede encontrarse esa nueva definición de cultura que necesitamos imperiosamente en el tratamiento de los inmigrantes. Y esto puede lograrse con el reconocimiento, la asimilación y la puesta en práctica del pluralismo político (De Lucas), de la transculturalidad —es decir, del desarrollo vital en dos sociedades a la vez, la de origen y la de acogida— (Garrigós y Daniel), de la interculturalidad de los sujetos y de las conciencias (Ariño), de la identidad plural (Roche y Serra; Aparicio y Tornos; De Lucas), del mestizaje de las culturas (Aparicio y Tornos; Garrigós y Daniel) y de la multiculturalidad de las sociedades (Bericat). Es verdad que todo ello no se va a ver exento de ambigüedades, ambivalencias y contradicciones (Roche y Serra; Aparicio y Tornos; Bericat; Garrigós y Daniel), porque éstas constituyen la esencia de lo humano (Montesquieu, *Cartas Persas*) y de la naturaleza de la cultura (Z. Bauman, *La cultura como praxis*), pero también es cierto que lo que está en juego es sumamente importante.

Por un lado, lo que nos jugamos es nuestro desarrollo humano, nuestro bienestar (Algado y Ruiz) y nuestros proyectos vitales y los de los inmigrantes o, lo que es lo mismo, cómo vivimos —cómo nos educamos y educamos a

nuestros hijos, cómo y con quién nos casamos, a quién tenemos como compañeros de trabajo y como vecinos en los barrios o en los pueblos— y cómo morimos. Es curioso que la mortalidad sea, de todos los fenómenos demográficos, el menos tratado sociológicamente, cuando me parece que es el más básico, porque si los inmigrantes mueren antes que el resto de ciudadanos, ¿podemos mantener que han sido eficazmente integrados?, ¿no sería éste el indicador decisivo de que nuestra sociedad no lo está haciendo bien?

Por otro lado, lo que también está en juego es la convivencia, «el vivir con», y ésta sólo será posible si los individuos se integran en la sociedad, si se otorgan todos los derechos y obligaciones sociales, políticas y culturales a los inmigrantes en igualdad de condiciones, porque lo contrario puede traer aparejados choques, traumas, conflictos, violencia y, en definitiva, el retroceso de la civilización.

La segunda conclusión provisional que creo es posible establecer en este número de *Papers* es que las migraciones son un asunto que incumbe a todo el planeta, puesto que no existe ningún lugar, ningún rincón en él, al que éstas le sean ajenas o que pueda escapar a sus impulsos, a sus transformaciones y a sus consecuencias. De nuevo, los artículos de este monográfico son testigos de ello, pues se concentran en casos referidos a Alicante (Garrigós y Daniel), a la Comunidad Valenciana (Ariño), a España (De Lucas), a Europa (Bericat; De Lucas), al Mediterráneo (Algado y Ruiz) y a todo el planeta (Roche y Serra; Ariño). Y ello pone sobre el tapete la necesidad de impulsar fluidas comunicaciones sociales (Algado y Ruiz), de no obstaculizar los flujos de signos, de seres humanos (Ariño), de redes y de remesas sociales (Algado y Ruiz) y de establecer vínculos (De Lucas), relaciones culturales (Aparicio y Tornos), conexiones sociales transnacionales y transculturales (Garrigós y Daniel) y diálogos interculturales (Bericat; Roche y Serra).

Por tanto, si el reconocimiento de la pluralidad y de la diversidad se convertía en el primer parámetro de la nueva definición de cultura que buscábamos para el tratamiento de los inmigrantes, el contacto cultural se transforma en el segundo. Con ambos —con el reconocimiento y la puesta en práctica de la pluralidad y con la correlativa necesidad de establecer contactos—, la cultura podrá mantener viva su vieja funcionalidad de transformar la barbarie en civilización, podrá conjurar una de las manifestaciones del choque de civilizaciones (S. Huntington) y comprobar que las migraciones representan una gran oportunidad para demostrar que nosotros, efectivamente, formamos parte de sociedades altamente civilizadas.

Juan A. Roche Cárcel
Coordinador